

RELATOS DE MUJERES SOBRE SU PARTICIPACIÓN EN EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL UNIVERSITARIO DURANTE EL TARDOFRANQUISMO

Marilicia Di Paolo

La lucha contra Franco en las universidades españolas es un tema de reflexión que se ha desarrollado en las últimas décadas con investigaciones centradas en la materia,¹ generalmente de ámbito local.² La movilización escolar durante el franquismo de los años sesenta y setenta le debió mucho a los nuevos repertorios de protesta que se fueron ensayando en las universidades norteamericanas y europeas a partir de 1964, y fue un movimiento social desde distintas perspectivas. En primer lugar, por las movilizaciones y la agitación que, junto a la protesta obrera, desestabilizaron el régimen y los pilares sobre los que se sostenía. En este sentido, el movimiento universitario fue, más que el obrero, el más trascendente contando, como afirma Carrillo Linares, con una ventaja comparativa respecto a sus compañeros de protesta: “las circunstancias sociales y personales que permitieron mantener un estado de crítica abierta casi permanente, con huelgas que se prolongaron durante varios meses y, en casos particulares –algunas asignaturas, profesores– durante años”.³ Además, en un primer momento, temas que rompían definitivamente con el Franquismo como la

¹ Véanse: Manuel Juan Farga, *Universidad y democracia en España (30 años de lucha estudiantil)*, Era, México, 1969. Eduardo González Calleja, “La movilización y la protesta estudiantil en el tardofranquismo y la democracia”, *Historia de la educación*, 37 (2018), pp. 223-255. Alberto Carrillo-Linares “Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), pp. 149-170. José María Maravall, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Alfaguara, Madrid, 1978. Salvador Giner, “Libertad y poder político en la Universidad española: el movimiento democrático bajo el franquismo”, en Paul Preston, *España en crisis: evolución y decadencia del régimen de Franco*, FCE, México, 1978, pp. 303-355. Enrique Palazuelos, *Movimiento estudiantil y democratización de la Universidad*, Manifiesto, Madrid, 1978. Gregorio Valdelvira [González], *La oposición estudiantil al franquismo*, Síntesis, Madrid, 2006.

² Véanse: Josep Maria Colomer i Calsina, *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*, Curial, Barcelona, vol. I, pp. 1978, pp. 215-240. Benito Sanz Díaz y Ramón Ignacio Rodríguez Bello (eds.), *Memoria del antifranquismo. La Universidad de Valencia bajo el franquismo. 1939-1975*, Universitat de València, Valencia, 1999. Benito Sanz Díaz, *Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la Universidad de Valencia, 1939-1975*, Comisiones Obreras del País Valenciano, Valencia, 2002. Gregorio Valdelvira González, *El movimiento estudiantil en la crisis del franquismo. La Universidad Complutense (1973-1976)*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1992. José Álvarez Cobelas, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Siglo XXI, Madrid, 2004. Juan Luis Rubio Mayoral, *Disciplina y rebeldía. Los estudiantes en la Universidad de Sevilla, (1939-1970)*, Universidad, Sevilla, 2005. Alberto Carrillo-Linares, *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, CEA, Sevilla, 2008. Francisco A. Deniz Ramírez, *La protesta estudiantil. Estudio sociológico e histórico de su evolución en Canarias*, Talasa, Madrid, 1999.

³ Alberto Carrillo-Linares, “Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), p. 159.

igualdad de género, el medio ambiente, las relaciones sexuales, fueron propuestos en ambientes vinculados con la Universidad, nunca desde el ámbito obrero y político, preocupados por otras cuestiones. En este sentido:

no sólo dicho movimiento fue el más dinámico por haber mantenido un nivel de contestación casi semanal (a veces diario) durante muchos años en casi todas las universidades, sino también desde el punto de vista cultural, por la incorporación de nuevos valores ideológicos y culturales, acordes con lo que posteriormente ocurriría: el aire de modernidad social y de refresco mental penetró, más que por ningún sitio, por la aulas universitarias, a veces incluso contra la moral de muchos de los partidos de la oposición, lo que nos alude a que el proceso iba más allá de lo puramente político.⁴

De hecho, la ruptura cultural conllevaba la integración de unos nuevos valores que se enfrentaban políticamente con la dictadura, lo que llenaba de contenido la cultura política de una sociedad carente de libertad. La defensa de los intereses corporativos frente a las autoridades académicas y políticas permite explicar la experiencia que experimentaron las organizaciones estudiantiles en su dinámica reivindicativa. El problema de la transmisión del sentimiento disidente fue una preocupación constante de las fuerzas antifranquistas, que trataron de superar con un incremento de la militancia política y la construcción de una contracultura contestataria capaz de socializar con rapidez. En definitiva, una generación que fue forjando una cultura alternativa a la ofrecida por el franquismo, extraordinariamente innovadora, constituida de huelgas, establecimiento de universidades paralelas y populares, marchas, manifestaciones en donde la provocación contraviolenta aparecía como la respuesta a la violencia “estructural” de un adversario cada vez más radicalizado. Sergio Rodríguez afirma que:

El valor de la novedad tuvo un papel determinante. En torno a elementos como unos nuevos gustos musicales, nuevas lecturas, nuevos temas de conversación, nuevos hábitos, nuevas maneras de vestir y, muy especialmente, unas nuevas relaciones entre los sexos, comenzó a forjarse una identidad marcada; cuyos aspectos estéticos, por más que fuesen caricaturizados de manera sistemática por la propaganda cultural del Régimen, no estaban en absoluto vacíos de contenido, sino que eran dotados deliberadamente por sus creadores y seguidores de una decidida connotación auto afirmativa y política.⁵

Para entender estas afirmaciones en toda su dimensión, es preciso partir de un supuesto básico: antes de la transición política, existió una transición social que abrió un período de revuelta permanente. Ahora bien, en ello intervinieron también otros cambios, como los ocurridos en la propia Universidad, que estaba pasando de ser una institución de élite a otra de masas, o el componente, del movimiento, de rebeldía generacional contra unos padres que se habían alineado con Franco en la guerra o habían aceptado de buen grado su régimen. De hecho, el mayor porcentaje de los participantes habían nacido después de la guerra civil; por lo tanto, se trataba de una generación que se enfrentaba a la anterior, marcada por el franquismo y cuyo sistema de pensamiento se apoyaba en una compleja red de relaciones personales (familiares, amorosas, contactos del barrio, el instituto o la universidad, etc.). En todo caso, esta movilización acarrió una fuerte politización de los estudiantes, y la imposición progresiva de una cultura de la ciudadanía, ayudada por la diversificación de los motivos de protesta y de los repertorios de la misma. En definitiva, antes que política la ruptura con el franquismo fue cultural y vital, de ahí la profundidad y

⁴ *Ibidem*, p. 163.

⁵ Sergio Rodríguez Tejada, “Compañeras: la militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia”, *Historia del presente*, 2 (2004), p. 136.

complejidad del fenómeno. En este proceso, tan profundo como polifacético, el naciente movimiento feminista reivindicó el papel de las mujeres en las luchas políticas del momento y, paralelamente, creció el compromiso de estas activistas con los principios que las sustentaban. Se registró, en este período, un avance en la toma de conciencia de sus derechos y fueron apareciendo nuevos reclamos y nuevas demandas que surgieron de las discusiones y de la práctica concreta en los distintos espacios donde las mujeres aprendieron a moverse y a organizarse.

El presente artículo aborda la participación y militancia en el movimiento estudiantil español de una generación de mujeres nacidas a partir de los años cuarenta, mujeres educadas en el franquismo pero que compartieron la experiencia de ruptura con los ideales de la dictadura. Así, “la edad como parámetro que distingue diferentes generaciones, nos ayuda a comprender las experiencias femeninas, a insertarlas en determinados contextos históricos-sociales y en universos simbólicos, culturales y familiares”.⁶ A partir de sus testimonios orales, se estudian las experiencias personales de vida de mujeres concretas: se recogen los primeros contactos con la política, el feminismo y con todo un repertorio cultural de nuevos modelos de género; las contradicciones entre los proyectos políticos y las prácticas militantes, entre lo público y lo privado; se narran las experiencias de militancia universitaria, la búsqueda de independencia y las diversas estrategias desplegadas por las mujeres en contextos masculinizados. Se trata pues de vivencias subjetivas que podemos interpretar como significantes y expresivas de un conjunto más amplio, teniendo en cuenta que

el relato de esas experiencias subjetivas fabrica memorias diferenciadas de mujeres, memorias que son significativas. En este sentido, la utilización de las fuentes orales, su relación con la memoria y los significados del concepto de “subjetividad” interpretados como sujeto individual pero también como sujeto colectivo, permite poder estudiar el feminismo español de los años setenta como un sujeto colectivo problemático y diverso, permite la recuperación de protagonistas del pasado y la revalorización de sus experiencias para comprender y escribir la historia.⁷

En este sentido, aunque a las fuentes orales se les han atribuido poca credibilidad debido a las limitaciones propias de la memoria humana, es cierto que la memoria realiza siempre un proceso de selección de los recuerdos archivados en la mente humana, pero los recuerdos nos enseñan cómo diversas gentes pensaron, vieron y construyeron su mundo y cómo expresaron su entendimiento de la realidad. Un testimonio oral da cuenta de las expectativas de las personas, sus emociones, sentimientos, deseos, etc., y de que la vida de una persona es una puerta que se abre hacia la comprensión de la sociedad en la que vive.⁸

LA TOMA DE CONCIENCIA DE LA CONDICIÓN FEMENINA

Las revoluciones triunfantes y los cambios ocurridos a nivel mundial durante esos años, dieron fundamento a las propuestas transformadoras que se levantaron en España y que atrajeron a las mujeres. Esas transformaciones permitían creer, también, en la posibilidad cierta de una modificación profunda de las relaciones entre varones y mujeres y en la

⁶ Helena Hernández Sandoica, “Historia, historia de las mujeres e historia de las relaciones de género”, en M.^a Isabel Del Val Valdivieso et alii (Coords.), *La historia de las mujeres, una revisión historiográfica*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2004, pp. 29-56.

⁷ Vicenta Verdugo-Martí, “Mujeres jóvenes en la transición democrática: la coordinadora y la Asamblea de Mujeres de Valencia”, *Historia Contemporánea*, 54 (2016), p. 88.

⁸ Véase: David Mariezkurrena Iturmendi, “La historia oral como método de investigación histórica”, *Gerónimo de Uztariz*, núm. 23/24 znb., pp. 227-233.

perspectiva de ir creando nuevas formas para la participación, el reconocimiento y la valoración de su accionar, y actualizado la experiencia de su discriminación de diferentes maneras. Lo interesante resulta que dichas transformaciones habrían estado protagonizadas por las jóvenes provenientes de familias identificadas con los estratos medios, por lo cual, el cambio implicó un cuestionamiento generacional con los moldes vigentes en los hogares de origen. De hecho, la toma de conciencia de su condición por parte de la mujer de los años '60 y '70 pasó, ante todo, a través de la experiencia individual: la familia de origen, las inquietudes y las relaciones personales.

Mi padre criticaba mi forma de actuar y me decía que me preocupara sólo de mis estudios y dejara las actividades “políticas”, que “me barriese mi casa y dejara las de los demás”. Un día en que estaba yo leyendo el libro “La guerra civil española” de Hugh Thomas, prohibido entonces en España, quería tirarlo por la ventana. Dejamos de hablar de temas políticos porque no nos entendíamos y yo no quería romper mi relación con él.⁹

Fuera del contexto familiar, junto con los problemas de todos, se empezaron a reconocer los problemas propios de la condición de ser mujeres, ya sea en el barrio, en la militancia o en los llamados “grupos de concienciación”. Las hermanas Felicia y Pilar Bacas recuerdan:

Las reuniones las hacíamos en los bares de la facultad o en otros bares tomando “un vino”. También nos reuníamos en pisos. A veces había que tener precaución.¹⁰

La lucha en los barrios eran las manifestaciones prohibidas porque, bueno, cualquier manifestación era prohibida. Eran muy serias en comparación a las de ahora, eran muy poco festivas y esto porque también los temas trataban de cosas básicas como el divorcio y el aborto. Yo y mi hermana siempre organizábamos manifestaciones tirando panfletos en la calle y gritando slogan contra Franco hasta que llegaba la policía, incluso nuestro padre que era un General franquista. Mientras en el PCE predominaba la clandestinidad, los militantes de las Comisiones Obreras (CC.OO.) eran conocidos por todos, principalmente por la policía.¹¹

Se discutía entre todas y se iba afirmando y confirmando lo que se iba descubriendo: una nueva manera de ser y de sentirse mujer y militante. Además, muchas mujeres tuvieron la oportunidad de confrontarse con las instituciones culturales que sobrevivieron a la Segunda República o instituciones internacionales como el “Instituto Internacional” o la “Asociación de Amigos de la Unesco”. Figuras históricas como Victoria Kent, Clara Campoamor, Margarita Nelken, Federica Montseny, que lucharon por la igualdad de género durante la Segunda República, fueron de estímulo para los grupos feministas comprometidas con la defensa de sus derechos. La apertura hacia nuevas corrientes ideológicas se produjo también a través de la lectura de libros –importados del extranjero, fotocopiados o comprados de manera clandestina en algunas librerías más liberales–, viajes y contactos con mujeres extranjeras militantes en el feminismo. Las referencias a Marx, Engels y Lenin, Wilhelm Reich son muy frecuentes pero la obra más leída fue, sin duda, “Le Deuxième Sexe” de Simone De Beauvoir, escritora vinculada a un grupo de intelectuales franceses, que ofreció un ejemplo práctico de una mujer independiente y combativa, diferente al que se creía socialmente aceptable en la época.

⁹ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

¹⁰ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

¹¹ Entrevista a Pilar Bacas, 18.04.2013.

Entré en la universidad en el año 67-68 y yo, durante todo el verano del '68, estuve en París. Yo creo que todos estos meses en París, con todo el movimiento estudiantil, con la gente que conocí, los libros que leí, el estudiar el sexo y cosas que no habían formado parte de la cultura que yo tenía, fueron una experiencia importante. Entré en contacto con grupos feministas que se reunían y que había participado en el mayo '68 y por primera vez tomé una pastilla anticonceptiva en París y me puse en contacto con ellas para que me dieran una receta. Había un clima que, por primera vez, junto con la lectura de Simone de Beauvoir, que fue el primer libro feminista que leí, me hizo pensar que todo eso fuera parte de la liberación de la mujer.¹²

El contacto con la “teoría” fue a partir de dos libros que me regalaron los amigos de mi hermano cuando cumplí 20 años: “El segundo sexo” de Simone de Beauvoir y “La dona a Catalunya” de M^a Aurelia Capmany (feminista, socialista catalana).¹³

La desigualdad de género se hacía más manifiesta durante la adolescencia: para muchas de ellas, este era el período en que comenzaban a vivir los límites impuestos por una sociedad represiva y el mundo de la iglesia, cuyo único objetivo era educar a las mujeres en los roles de madres y esposas cualificadas. Al finalizar los estudios, se presentaban diferentes opciones a las mujeres: matrimonio, trabajo o continuación de los estudios. En muchos casos, las mujeres escogían espontáneamente el matrimonio; por el contrario, solo unas pocas se incorporaban al mundo del trabajo. Para aquellas que optaban por continuar sus estudios, la universidad fue una apertura al mundo muy estimulante que permitió no solo el acceso a cursos sino también el encuentro con personas con diferentes historias y el conocimiento de informaciones sobre la escena política y sobre la ideología feminista:

Desde pequeña quería trabajar. Cuando hacía mi bachillerato ya empezaba a pensar y decirlo delante del grupo de mis hermanas y de mis amigos. Decir que tu querías trabajar cuando fueras mayor, pues no era habitual, no eran las cosas de que hablaban las chicas y no parecía que esto estuviera bien en todos casos. Recuerdo un día en la playa, hacía mucho calor, éramos muy jóvenes y guapas y yo lo dije delante de un grupo de chicos y casi nadie me ayudó en este sentido, casi nadie entendió lo que estaba diciendo ... sólo recuerdo una de mis amigas, ella ya estaba en Valencia estudiando, y me dijo que el hijo de su portera era un gran defensor de que las mujeres estudiaran [...] Mi novio quería que estudiara cosas de chicas: magisterio. Trabajé como maestra varios años hasta que finalmente un día llegué a la universidad y me sentí finalmente libre. Entré en la universidad en el año '69. Había mucha política y en realidad, para mí, fue un gran descubrimiento, aunque ya sabía cosas por otros amigos que me contaban que en la universidad había movilizaciones y política antifranquista, cosa que me estimuló muchísimo.¹⁴

El acceso a la universidad abrió a las mujeres a nuevas posibilidades, incluida la de investigar sobre su condición. Por ejemplo, en las Islas Canarias, las mujeres promovieron un seminario de clara influencia marxista y basado en la teoría de Simone de Beauvoir: “El seminario de la Mujer” (1969-1972), con la intención de liberar a los grupos oprimidos, incluido el de las mujeres. De esta manera, las estudiantes universitarias se acercaron, en pleno franquismo, al feminismo realizando estudios específicos sobre mujeres: esto resultó ser una oportunidad para muchas de ellas, verdaderas pioneras de la ideología de género, para iniciar una investigación social que, más tarde, será la base de los diferentes “Seminarios de Estudios sobre la Mujer”, instituidos en la mayoría de las universidades españolas. La toma de conciencia de su condición se convirtió en una lucha marcada por

¹² Entrevista a Maite Larrauri, recuperada de: <https://feministasvalencianas.wordpress.com/maite-larrauri-universidad/>

¹³ Entrevista a Mariona Petit, militante del PSUC, 17.04.2013.

¹⁴ Entrevista a Isabel Morant. Recuperada de: <https://feministasvalencianas.wordpress.com/isabel-morant-origen/>



la confrontación generacional y por el rechazo a los valores provenientes del mundo de los mayores. Tuvo mucho que ver con la rebeldía juvenil que presidió estos años, con las nuevas modas en los más diversos ámbitos de la vida cotidiana y con el desafío a la autoridad basada exclusivamente en la tradición. Pilar Aguilar Carrasco en su libro *No quise bailar lo que tocaban*¹⁵ resalta la rebeldía que experimentaron las mujeres en este periodo: podían arreglarse, solían pasear con sus amigas, hablar con total normalidad de temas como el divorcio, el matrimonio gay, la sexualidad. Esto requería una libertad de espíritu y una alegría al transgredir los límites. Isabel Morant recuerda:

Cuando vine a estudiar en Valencia, descubrí que había cuerpo, cuerpo sexuado, se podía hablar de religión, de política y de sexo cosa que yo desconocía hasta el momento. Me sentí muy libre, a pesar de estar en un colegio mayor donde había que cenar con faldas y no con pantalones (aunque íbamos a la facultad con pantalones). Para mí fue un hito el momento de cambio de mi vida. También, en un momento dado, descubrí que practicar sexo con otra persona que te gustara no le podía hacer mal a nadie, luego no podía ser pecado y a partir de ahora dejé mis creencias religiosas (mi familia era nacional católica). Me enseñó a vivir entre dos aguas, he sabido que se puede ser una cosa u otra a la vez, aunque desde los fundamentalismos se piense o blanco o negro.¹⁶

¹⁵ Pilar Aguilar Carrasco, *No quise bailar lo que tocaban*, Almud, Toledo, 2014.

¹⁶ Entrevista a Elena Simón. Recuperada de: <https://feministasvalencianas.wordpress.com/nieves-y-elena-simon-bio2/>

La presencia de mujeres en el movimiento estudiantil contra el franquismo no ha sido, hasta ahora, objeto de estudios específicos. El citado artículo de Sergio Rodríguez Tejada (2004) “Compañeras: la militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia”, y el más reciente trabajo de Mónica Moreno Seco (2020) “Universitarias en el antifranquismo. Mujeres, movilización estudiantil y feminismo, 1960-1975”,¹⁷ constituyen unas de las pocas excepciones en la bibliografía dedicada a este movimiento que, por diferentes motivos, hace referencia exclusivamente a los estudiantes, a los militantes y a los activistas varones.¹⁸ Por un lado, porque las mujeres que participaron en el movimiento estudiantil fueron, en realidad, pocas respecto a los hombres por el hecho que cursar estudios universitarios suponía una trasgresión de las normas que regían la vida de las mujeres;¹⁹ por otro lado, porque su posición de minoría conllevaba indefensión y falta de oportunidades entre los portavoces de las organizaciones.²⁰ De hecho, aun creciendo el número de mujeres matriculadas en las universidades y en las organizaciones, su visibilidad se quedó escasa. Además, Moreno Seco considera que el hecho de pertenecer a familias de clase media o incluso de estratos privilegiados, en una cultura que mitificaba el mundo obrero, les proporcionó una minusvalorización como sujeto político.²¹

Al principio, las mujeres se incorporaron a las iniciativas del movimiento estudiantil, articuladas en torno a los sindicatos democráticos, alternativos al SEU falangista. En un ambiente en constante ebullición, muy pocas veces tuvieron cargos de poder: se encargaban de trabajos menos visibles, pero igualmente peligrosos como la reproducción o el transporte de documentos sensibles o de propaganda:

En aquella época, las publicaciones anti-régimen estaban prohibidas. Todas eran hechas clandestinamente. Se escribían en casas particulares y se copiaban en multicopistas, algunas de ellas “case-ras” hechas a base de gelatina. Yo recuerdo haber preparado una en mi casa.²²

Además, en estas luchas y en el contexto general de transformación de la institución universitaria, eran casi inexistentes tanto las reivindicaciones femeninas propiamente dichas, como una impostación feminista. La falta de una consciencia feminista se debía a dos factores fundamentales: el pensamiento común de que en la universidad no había ninguna discriminación contra la mujer (pensamiento equivocado ya que, hasta todos los años sesenta la mujer se mantuvo alejada de las carreras universitarias para no abandonar el

¹⁷ Mónica Moreno Seco, “Universitarias en el antifranquismo. Mujeres, movilización estudiantil y feminismo, 1960-1975”, *CIAN-Revista de Historia de las Universidades*, 23/1 (2020), pp. 55-85.

¹⁸ Aunque es cierto que hay pocos estudios sistemáticos sobre el tema, en algunas obras de carácter más general aparecen muchas referencias a la actividad de las mujeres en el movimiento estudiantil. En este sentido, véase: Sergio Rodríguez Tejada, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, PUV, Valencia, 2 vol, 2009 y Alberto Carrillo-Linares, *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla*.

¹⁹ Esto se debe al número de mujeres matriculadas en la universidad. Durante los años de la Dictadura, el total de los estudiantes universitarios se multiplica por cuatro y el número de mujeres su multiplica por diez. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que al ser el número de partida mucho menor que el de los hombres, las alumnas universitarias siguen representando una minoría: de ser el 12,6% del alumnado en 1940, pasan a representar el 31% en 1970.

²⁰ Véase: Pilar Ballarín Domingo, “Las mujeres en la universidad española (1975-1996)”, en *X coloquio de Historia de la educación. La Universidad en el siglo XX (España y Hispanoamérica)*, Sedhe, Murcia, 1998, p. 473.

²¹ Sobre la cultura obrera, Gaiame Pala “Entre paternalismo e igualitarismo. El PSUC y la cuestión de la mujer en los años del Tardofranquismo”, *Mientras tanto*, 97 (2005), pp. 21-49.

²² Entrevista a Pilar Bacas, 18.04.2013.

hogar familiar) y la ideología vigente dentro de las organizaciones de izquierda, cuyo colectivo masculino consideraba los temas de mujeres muy restringidos respecto a la lucha contra el Régimen.

La actitud de los hombres sobre el feminismo era muy mala. Los comunistas consideraban las cuestiones de la mujer como secundarias. En 1973 recuerdo haber tenido problemas con mi partido por cuestiones feministas, pero sin llamarlo feminismo.²³

Los comunistas tenían una concepción tradicional de los roles femeninos, sobre todo creían que las mujeres no eran adecuadas a la militancia porque eran “indiscretas”. Recuerdo que publicaron, en la revista del PSUC *Nous Horitzons*, un artículo titulado “Per un plantejament democràtic de la lluita de dones”, en el que criticaban la lucha de las mujeres, considerando que tenían que dedicarse a la lucha en solidaridad de sus compañeros. También eran contrarios a los planteamientos feministas considerando que la lucha de las mujeres era secundaria respecto a la lucha contra el capitalismo.²⁴

Pues, para los hombres del partido, la lucha de las mujeres entraba dentro de las reivindicaciones generales y era transitoria: iba desapareciendo cuando hubieran desaparecido las circunstancias que producían la discriminación y la opresión. La solución, por lo tanto, era cambiar la sociedad hacia parámetros socialistas. En realidad, un común denominador en las entrevistadas es la necesidad de cualificar y fortalecer el debate de género al interior del Movimiento Estudiantil Universitario. A través de sus discursos, se visibiliza como las luchas de género se posicionaron en segundo lugar respecto a debates sobre el sistema político, la legitimación de formas de luchas, entre otras, como si esas otras tuvieran un nivel de importancia superior.

Entre el final de los años cincuenta y el principio de los sesenta, nacieron los primeros grupos de organizaciones estudiantiles clandestinas, algunos de estos vinculados a algunas siglas históricas como el PCE o a grupos de formación más recientes como la Agrupación Socialista Universitaria y el Frente de Liberación Popular que mantenían formas de resistencia anteriores. Los grupos de estudiantes centrados en la resistencia seguían el modelo de la Federación Universitaria Escolar (FUE)²⁵ que preveía la participación de varias mujeres involucradas, en particular, en actividades culturales y de bienestar, sin ocupar necesariamente puestos de responsabilidad.

Yo milité en el PSUC. Terminé la universidad en el año 1970. Las mujeres tuvimos un papel relevante en las luchas universitarias contra el franquismo, pero no nos planteábamos el tema feminismo por la situación, la edad, nos creíamos emancipadas. Teníamos nuestro sitio en la lucha, muchas veces subordinadas, pero otras con papeles muy protagonistas (¿influencia del mito Pasionaria?).²⁶

²³ Entrevista a Pilar Aguilar Carrasco, 16.04.2013.

²⁴ Entrevista a Mariona Petit, 17.04.2013.

²⁵ La FUE (Federación Universitaria Escolar) fue una organización universitaria y escolar española que apareció en la etapa final de la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) con un carácter teóricamente profesional. Pero a pesar de declararse aconfesional y apolítica, mantenía una línea de pensamiento liberal y socialista, opuesto tanto al primorriverismo como a las asociaciones católicas (Confederación de Estudiantes Católicos de España) y tradicionalistas (Agrupación Escolar Tradicionalista). En la II República (1931-1939) consiguieron la representación oficial de los estudiantes en los claustros universitarios, juntas de gobierno y consejo universitario, participando en la reforma de la enseñanza, intentando que las clases populares accedieran a la cultura y la educación. A partir de 1933, surge el Sindicato Español Universitario de la Falange (SEU) con el objetivo de “aplantar” a la entonces mayoritaria FUE e introducir la propaganda de Falange en la Universidad.

Sobre el activismo femenino en la FUE, véase: Nicolás SánchezAlbornoz, *Cárceles y exilios*, Anagrama, Barcelona, 2012, y Alberto Carrillo Linares, “Consejos de Guerra contra estudiantes antifranquistas: la última Federación Universitaria Escolar (FUE) (1945-1950)”, en VV.AA, *El Derecho penal de la posguerra*, Tirant Lo Blanch, Valencia, 2016, pp. 165-194.

²⁶ Entrevista a Mariona Petit, 17.04.2013.

En este sentido, mientras muchas mujeres reivindicaron su rol en la lucha política del momento, denunciando las desigualdades presentes en los movimientos y en las organizaciones de izquierda y atribuyendo la subordinación femenina al imperante sexismo en los discursos y en las acciones de los militantes varones, otras tuvieron una experiencia diferente respecto a su relación con los hombres, considerando que las mujeres se integraron igual que los hombres en todos los niveles:

La lucha estudiantil estaba íntimamente ligada a la cuestión feminista. No luchábamos por la libertad de las mujeres sino de todas las personas. Quizá la universidad era un lugar privilegiado donde las mujeres participábamos en igualdad de condiciones que los hombres. Esa es mi experiencia. En el mundo laboral y familiar las cosas eran de otra manera. La mujer era sometida e infravalorada.²⁷

No había fuentes de conflicto en el partido, ni por parte de los hombres del partido comunista. El hecho del feminismo tampoco creó problemas entre mi marido, que era militante del PCE, y yo.²⁸

Además, nacieron grupos de estudiantes con inquietudes religiosas, culturales y políticas que desarrollaron una actividad a la luz del día, según un modelo de unidad desarrollado en espacios tradicionales de la vida cotidiana estudiantil como el claustro de la universidad, los bares que estaban de moda en aquel entonces, asociaciones culturales u otros lugares.

Recién llegada a Salamanca con 17 años, en el primer año de carrera, fui a los Jesuitas para informarme de las congregaciones universitarias marianas. Venía del Colegio de las Carmelitas de Cáceres, donde era congregante mariana, y quería seguir siéndolo en la Universidad. [...] Encontré la FECUM, Federación de Congregaciones Universitarias Marianas que, más tarde y debido a la situación política española, en la que había que pronunciarse, cambió de rumbo y pasó a denominarse FECUN Federación de Comunidades Universitarias, que en aquellos años fueron un referente de la Iglesia comprometida socialmente. Los locales de la FECUN en ciudades universitarias se utilizaban a veces para realizar reuniones clandestinas de los partidos políticos. Nos reuníamos en unos locales de la Clerecía, donde tenían su sede los Jesuitas. Al llegar me encontré con un grupo de personas estudiantes universitarios que iban a pasar la tarde, jugar al ping-pon o ver la tele, y de vez en cuando asistir a una charla dada por el consiliario (jesuita); pero a mí aquello me parecía frívolo. Junto con un grupo de personas que pensaban de la misma manera, decidimos dar un “golpe de estado” y cambiar el estilo de la FECUN en Salamanca. Nos subimos a un desván, situado en el último piso del edificio; colocamos allí unas sillas, una estantería y una multicopista (era imprescindible para publicar panfletos y manifiestos), y sobre todo cambió nuestra perspectiva. El cristianismo era un compromiso activo para cambiar el mundo. Había que empezar desde abajo.²⁹

Estas formas de agrupación, menos involucradas políticamente y empeñadas en la promoción de actividades propiamente estudiantiles (teatro, revistas, conferencias, viaje y participaciones en las elecciones oficiales de los representantes estudiantiles), se portaron hacia las mujeres de manera diferente. Las acciones poco peligrosas llevadas a cabo por estos movimientos, que se reducían, utilizando las palabras de Sergio Rodríguez, a “rebeliones de salón”,³⁰ permitieron una participación más activa de las mujeres, interpretándola como una búsqueda progresiva de mayores oportunidades individuales. El movimiento estudiantil ofrecía nuevas posibilidades de experimentación, nuevas maneras de vivir en que las jóvenes participantes podían ejercer su propia libertad frente a la autoridad familiar, académica y política. Fue en las universidades donde este proceso se desarrolló mucho más rápidamente y de forma más firme gozando de una mayor visibilidad social a través de encuentros, colaboraciones, seminarios, conferencias, reuniones públicas y cineclub.

²⁷ Entrevista a Pilar Bacas, 18.04.2013.

²⁸ Entrevista a Clotilde Ríos Camacho, 17.05.2012.

²⁹ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

³⁰ Sergio Rodríguez Tejada, “Compañeras: la militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia”, p.135.

Hicimos muchísimas conferencias. Pepe Lope sabía mucho de fisiología, habló de la teoría de Masters y Johnson en una conferencia mientras que, en otra, de los derechos de la mujer. Había un hombre que participaba a las reuniones, Lorenzo Delenus, mi compañero de universidad y único hombre inscrito al AUPEM.³¹

El núcleo inicial de los amigos hombres buscó entonces, a partir de los años sesenta, la colaboración femenina, como pasó en 1958 en la Universidad de Valencia donde una mujer fue elegida subdelegada de curso, circunstancia llamativa en una facultad escasamente feminizada, como era Derecho en ese momento.³² Estas nuevas situaciones dieron lugar al rechazo de determinados sectores contra los antifranquistas, que se expresaba muy a menudo a través de ataques contra las mujeres mayormente expuestas, puesto que su activismo comprometía doblemente la normalidad política y sexista vigente hasta aquel momento. A mitad de los años sesenta, con la disgregación del Sindicato Español Universitario (SEU), el apoyo del Sindicato Democrático de Estudiantes (SDE) al movimiento estudiantil barcelonense con la famosa Caputxinada³³ y la unidad de acción entre los delegados oficiales y los opositores acordada en la I Reunión Coordinadora y Preparatoria (RCP) de Valencia, el movimiento entró en una dinámica de radicalismo y de comparación acelerada por el impacto mediático del mayo francés de 1968 y por el ambiente internacional de contestación a la guerra de Vietnam.

Los ecos de las revueltas de París llegaban a nuestros oídos. En la Universidad de Salamanca se sucedían las huelgas y las asambleas de Facultad. El ambiente era tenso. El movimiento universitario era antifranquista y sus distintas actuaciones se centraban en la lucha en general, contra la dictadura. También se pretendía acabar con el Sindicato Español Universitario (SEU), organización, creada por el régimen, semejante al Sindicato vertical que era obligatorio para los trabajadores. También nos solidarizábamos con el movimiento obrero. El apogeo de la lucha estudiantil coincidió en el tiempo con el crecimiento del número de alumnos en la universidad. Este aumento se produjo por el aumento de la urbanización, por la incorporación de las mujeres, y por el incremento de los hijos de las clases ricas que estudiaban carrera universitaria. No significaba, sin embargo, la incorporación de los hijos de obreros, pues eran minoría. Los universitarios éramos, la mayoría, de clase media y de talante liberal y democrático. El mayor número de estudiantes se concentraba en Madrid y Barcelona, aunque en Salamanca había un movimiento creciente.³⁴

El estado de excepción en el que se había derrumbado la universidad española en enero de 1969, con el asalto al rectorado de la universidad de Barcelona y la muerte del estudiante y opositor Enrique Ruano, torturado y defenestrado por policías franquistas, llevó a un levantamiento que se dirigió expresamente contra la dictadura y se concretó en el plano menos evidente del cambio personal del individuo en el colectivo.

³¹ Entrevista a Clotilde Ríos Camacho, militante del PCE y presidenta del AUPEM, 17.05.2012.

³² Durante los años cuarenta y cincuenta las mujeres estudiaban principalmente Filosofía y Letras y Farmacia. Por el contrario, los estudios de Derecho, Veterinaria y Medicina contaban con un número muy reducido de mujeres entre sus estudiantes.

³³ Con el nombre de Caputxinada se conocen los hechos que tuvieron lugar en el convento de los frailes Caputxins de Sarrià entre el 9 y el 11 de marzo de 1966 con motivo de la asamblea constitutiva del Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona (SDEUB) donde se tenían que aprobar la declaración de principios y los estatutos del sindicato. El acto, el cual reunió unas quinientas personas entre delegados y representantes de estudiantes, intelectuales y profesores, se inició a las cuatro y media de la tarde. Una hora después la policía compareció en el convento y exigió la disolución de los concentrados empezando a pedir la documentación a las personas que salían. Eso provocó que el resto de asistentes se quedaran dentro del edificio produciéndose un asedio de cuarenta y ocho horas durante las cuales los estudiantes e intelectuales convivieron como huéspedes de los frailes en unas condiciones de subsistencia cada vez más duras pero en un ambiente de hermandad que se aprovechó para organizar grupos de debate, mesas redondas y lecciones magistrales. El 11 de marzo la policía forzó la puerta del convento y obligó a salir los reunidos.

³⁴ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.



En diciembre de 1969 asistí a una Asamblea en Montserrat, que se realizó en un caserón deshabitado, con ventanas que no tenían ni cristales, ni contraventanas, y hacía un frío intenso. Recuerdo que dormimos mi amiga Pilar y yo juntitas envueltas en un saco de dormir y arrebujadas para entrar en calor; pero estábamos exultantes, se estaba fraguando un cambio social y político, y nosotros éramos protagonistas. [...] cantábamos “Bella Ciao” y otras canciones que animaban a la lucha. Entonces pensábamos que era necesario cambiar las estructuras sociales políticas y económicas. Influenciados por el marxismo y la lucha de clases considerábamos el capitalismo como la fuente de todos los males. Había que cambiar el mundo, y todo empezaba en nuestro círculo de personas comprometidas. No recuerdo haber ido a la discoteca (un par de veces solamente) o salir de marcha como se hace ahora. La revolución no permitía demoras.³⁵

A finales de los años sesenta, las mujeres –sin necesariamente haber ingresado en partido político alguno– fueron parte de las contestaciones universitarias, asambleas y manifestaciones desarrollando su propia revolución interior que las llevó a ser más abiertas.

En la época en que yo estudiaba en la Universidad (1968-1975), la lucha principalmente era anti-franquista. De modo que luchábamos juntos hombres y mujeres. La opresión general sobre la sociedad hacía que la prioridad era en esos momentos derrocar el régimen de Franco. Había una gran falta de libertades sociales y civiles. [...] No pertenecí a ningún partido político, aunque estábamos en contacto con el Movimiento Comunista y la Organización Revolucionaria de Trabajadores. En mi experiencia, la lucha por la libertad incluía sobre todo la lucha por la liberación de las mujeres.³⁶

Durante esta década, el movimiento había evolucionado bastante para generar una fuerza no despreciable que convirtió la universidad en un ámbito subcultural relativamente autónomo. En los años siguientes, durante las asambleas contra el Juicio de Burgos entre

³⁵ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

³⁶ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

1970-1971, las militantes de izquierda, acostumbradas a tomar la palabra exclusivamente en las reuniones formadas por pequeños grupos, llevaron a cabo enteras asambleas y manifestaciones:

El último año de la carrera fue el año del Proceso de Burgos, juicio sumarísimo, iniciado el 3 de diciembre de 1970 en la ciudad de Burgos, contra dieciséis miembros de la organización terrorista ETA acusados del asesinato de tres personas. [...] Un cúmulo de hechos hizo que el proceso, inicialmente concebido para asestar un duro golpe a ETA, finalmente se convirtiera en una estocada para el Régimen de Franco. [...] Yo estaba en el último año de carrera. Mis padres habían regresado a Cáceres y vivía entonces con tres chicas en un piso de la calle Bordadores. El ambiente de los últimos días era opresivo. Habían detenido a un compañero de Facultad. Hubo una Asamblea en la que, con los ánimos alterados, se pedía amnistía para los presos políticos. Tras un debate acalorado, se decidió realizar un encierro en la Facultad. Nos proveímos de bocadillos y de agua suficiente para pasar la noche. El decano nos dijo que, si nos encerrábamos en un aula, no podríamos salir en toda la noche, ni siquiera al baño. Y así fue. Entre cánticos y lectura de poemas, yo compuse y leí uno, llegó la madrugada. El poema decía más o menos así: “Dicen que estamos locos porque nos encerramos y desafiamos el orden establecido, que somos unos desalmados, que no pensamos. Pero yo creo que los locos son los de ahí fuera que promulgan y ejecutan leyes injustas”.³⁷

Así, una nueva generación de mujeres y un contexto mayormente radicalizado, llevó a que la figura de la estudiante que arengaba en asambleas y encabezaba manifestaciones fuera más habitual. No era extraño que fueran las mujeres quienes se enfrentaran a situaciones peligrosas frente a las que titubeaban los hombres. Eso pasó en Valencia cuando “se decidió interrumpir la apertura oficial del curso 1968- 1969 entrando con un megáfono en un paraninfo lleno de autoridades y en el último momento se supo que el rector estaba prevenido, los varones se echaron para atrás y tuvo que ser una activista la que asumió la responsabilidad”.³⁸ En la misma forma, entre el 1970-71, después de haber entrado en el Rectorado y haber tirado al suelo el retrato de Franco, ningún hombre tuvo el coraje de incendiarlo así que fue una mujer quien lo quemó.

Con el paso del tiempo, la lucha de las mujeres fue más allá que las cuestiones puramente académicas o de simple oposición a las instituciones de régimen. En las motivaciones de las jóvenes comprometidas en actividades de reivindicaciones y protesta en las universidades había un fuerte componente personal, de rechazo de unas obligaciones impuestas por una sociedad que se mantenía pegada a una moral tradicionalista, hipócrita y conservadora. Las pioneras feministas³⁹ desarrollarán sus primeras actividades, al mismo tiempo que las de la oposición al Régimen, precisamente en las Universidades:

³⁷ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

³⁸ Sergio Rodríguez Tejada, “Compañeras: la militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia”, p. 140.

³⁹ Conviene recordar que durante el tardofranquismo se detectan hasta tres corrientes en ocasiones mal diferenciadas, en torno a las que se aglutinaban quienes habían resuelto afrontar el problema de la discriminación femenina y definir las estrategias para superarla. Por un lado, el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), ligado al PCE, que consideraba que la mayor parte de los problemas que vivía nuestro país, incluido el de la mujer, tenían su origen en la naturaleza opresiva del régimen que padecíamos; por otro, los planteamientos de la llamada izquierda radical, que propugnaba la necesidad de la instauración de un sistema socialista como precondition básica para abordar su correcta resolución; y, por último, un pequeño núcleo, embrión del que más tarde sería el Partido Feminista, que, inspirado en las aportaciones del feminismo radical americano, analizaba la situación opresiva de las mujeres desde una perspectiva marxista y de clase, heterodoxa frente al enfoque tradicional de la izquierda.

El movimiento estudiantil que yo conocí (desde el 67 al 72) era totalmente ajeno al feminismo. Luchábamos todos contra la dictadura. Durante la transición había una ebullición política en todas partes, empezabas a cuestionarte la sociedad, empezabas a cuestionarte todo pero las mujeres vivíamos mal que nuestras tareas eran un poco desiguales, incluso en los grupos de izquierda. Así, unas mujeres empezamos a cuestionar el tema de la militancia porque las mujeres no podíamos tener acceso a ciertas cosas. Montamos un grupo de mujeres en el que había mujeres de partidos políticos, mujeres que no militaban en partidos políticos y empezamos a plantear allí el tema del feminismo y poco a poco abandonamos la vinculación a partidos de izquierda.⁴⁰

La situación de la mujer española era tal que la agenda reivindicativa de las feministas estaba repleta de tareas pendientes, pero lo más importante era la convicción que se tenía de que el cambio era no sólo necesario sino posible. Reunirse, debatir, cuestionar, organizarse y propagar la idea fueron algunas de las primeras tareas que el Movimiento universitario llevó a cabo.

Se encargaban de las revistas universitarias escribiendo poemas y artículos como “La mujer en la sociedad española” de Amelia Olegüe, primer escrito estudiantil valenciano, desde la guerra civil, de contenido propiamente feminista.⁴¹ En el año 1970 se creó, en un salón del Ateneo mercantil de Valencia el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), uno de los primeros grupos de mujeres que se organizaron en Valencia, elaboró su primer programa, en el que se recogía la necesidad de unión de todas las mujeres para luchar por su liberación haciendo un llamamiento a la movilización femenina. Según afirma Pilar Aguilar Carrasco, el Movimiento Democrático de Mujeres era independiente económica e ideológicamente de los partidos políticos y tenía una línea de acción propia, decidida a través de la discusión abierta y colectiva.⁴²

En Madrid, al principio de los años setenta empezó a reunirse un grupo de escritoras y profesoras universitarias en un cenáculo llamado Seminario de Estudios de la Mujer. Eran mujeres conectadas con la instrucción del Colegio Estudio, herencia de la Institución Libre de Enseñanza, en la que mujeres como Elena Catena, Lily Álvarez, María Salas, Consuelo de la Gándara, se reunían periódicamente y elaboraban una serie de documentos y estudios sobre las mujeres españolas. El origen social y el apoyo que estas obtuvieron por varios intelectuales las mantuvieron alejadas de la censura, lo que les permitió una más amplia difusión de sus obras.

Los apartamentos de los jóvenes militantes y las residencias universitarias servían de escenario físico para que la utopía de la nueva generación femenina, deseosa de liberarse de todas las formas de convenciones sociales, pudiera prolongar la existencia del movimiento estudiantil fuera de la universidad, ofreciendo un espacio abierto y alternativo. Por ejemplo, en Madrid un grupo de estudiantes de la Facultad de Política había comenzado a reu-

⁴⁰ Entrevista a Pilar Aguilar Carrasco, 16.04.2013.

⁴¹ Tras repasar algunos datos estadísticos de las mujeres españolas, critica el “mito de la feminidad” que reserva el empleo a los varones y la maternidad y el hogar a las mujeres, apunta la contradicción que ello crea a las universitarias, aunque éstas “debido a su procedencia burguesa” suelen resolver el conflicto mediante el papel “pasivo” de la docencia. La mayoría, en cambio, encuentra grandes dificultades para “salir de los pucheros”. Finalmente, tras criticar las revistas ilustradas y el conservadurismo religioso, propone una bibliografía en la que, muy típico del contexto, coexisten Simone de Beauvoir y Santiago Carrillo: María-Aurélia Campany, *La dona a Catalunya*; J. Stuart Mill, *La esclavitud femenina*; Betty Friedman, *La mística de la feminidad*; Lily Álvarez y otras, *Habla la mujer*; Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*; S. Carrillo, *Un futuro para España: democracia económica y política*. El artículo coincide en el tiempo con los primeros grupos de discusión sobre los problemas de las mujeres, organizados en torno a alguna profesora concienciada. Entrevista a Carmen Pertejo (14.IX.95) en S. Rodríguez Tejada (2004), “Compañeras, la militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia”, p. 142.

⁴² Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

nirse en casas particulares donde empezaron a leer y discutir los textos de las feministas americanas. La Facultad era un ambiente que propiciaba el interés por nuevos temas, pero prácticamente no había medios humanos para canalizarlos.⁴³

En su conjunto la militancia del movimiento estudiantil fue, para las mujeres, una experiencia positiva dado que muchas jóvenes encontraron un espacio para su propio desarrollo personal. Uno de los efectos de la contracultura estudiantil fue volver a considerar el significado de lo político quitándole la connotación negativa que adquirió durante el régimen de Franco y ampliándolo incluyendo aspectos sociales, culturales y personales. Poco a poco, las asociaciones feministas dependientes de los partidos se fueron disolviendo y las feministas (con o sin partido) terminaron militando en el feminismo a través de grupos y asociaciones sin dependencia política.⁴⁴

El compromiso con los partidos políticos, que preveía un mayor rigor y una disciplina más atenta hacia el activismo, redujo de hecho el aspecto lúdico y la gratificación inmediata, pero contribuyó notablemente a formar políticamente muchas activistas que más adelante, utilizarían este capital político en otros movimientos sociales incluido el feminista. En este sentido, la movilización de las mujeres fue decisiva y echó las bases para las reflexiones y las reivindicaciones que llegarían después de poco tiempo.

Me acerqué al feminismo en el año 1972, durante la universidad, y tuve contactos con la AUPEM de Madrid a través del partido comunista de Sevilla. En Sevilla había varias asociaciones de mujeres, una de las cuales era la “Comisión de la Mujer”, nacida del interior del partido, que luchaba por el partido obrero y no por las temáticas feministas. En contrario la AUPEM tenía objetivos sólo para la mujer (anticonceptivos, adulterio, transmisión del patrimonio, legislación –pero no hablaba del aborto–). En la asociación se explicitaba el debate de la doble militancia, pero con un acento mayor al feminismo. Yo fui presidenta del AUPEM.

Entré en la Joven Guardia Roja en el '74 y estuve hasta que terminé la carrera. Como nosotras estábamos en la Universidad, llegó el momento en que nos dijeron que no podíamos seguir en la Joven Guardia Roja y teníamos que entrar en el Partido. Yo no quise. Estaba de acuerdo a ingresar en la Organización Juvenil Antifranquista de izquierda pero, ya en el partido organizado, claramente de marco marxista o maoísta, no. Yo estaba mucho más vinculada al feminismo y me interesaban más la defensa de los derechos de las mujeres, la pelea por la igualdad. De esta manera, no quise entrar en el partido y me desvinculé de la JGR. Pero seguí colaborando con la “Asociación Democrática de la Mujer Mariana Pineda”, que era una organización que había surgido en el seno del partido y me quedé más convencida del feminismo que del marxismo o leninismo o maoísmo.⁴⁵

El debate “de la doble militancia” fue muy duro, a veces, tanto entre los grupos que defendían una u otra posición como en el interior de cada asociación y partido. Una insti-

⁴³ VV.AA., *Lo personal es político. El movimiento feminista en la transición*, Ministerio de Asuntos sociales-Instituto de la Mujer, Madrid, 1996, p. 112.

⁴⁴ Entrevista a Pilar Aguilar Carrasco, 16.04.2013.

Hay que tener en cuenta que, con la democracia, todos los partidos crearon sus grupos de mujeres más o menos feministas y tutelados por el respectivo partido. En 1976, durante la *Primera conferencia sobre la mujer*, el PCE habló de la necesidad de apoyar la lucha de las mujeres en el partido y manifestó, en el boletín universitario de Sevilla “Universidad”, su decisión de convertirse en un partido feminista y luchar para la liberación de la mujer: “En este sentido, los universitarios comunistas damos al problema de la mujer y al de la mujer universitaria una importancia decisiva en la lucha por la libertad y el socialismo en que estamos empeñados. Somos conscientes de la dificultad de la tarea y del retraso político y teórico que tenemos al abordar los meros aspectos que reviste el problema de la liberación de la mujer. Llamamos a todos los universitarios –hombres y mujeres– a debatir ampliamente estas cuestiones”. “Por una alternativa democrática”, *Universidad, Boletín de la Organización Universitaria de PCE*, número especial, Sevilla, mayo 1976.

⁴⁵ Entrevista a Pilar Troncoso, militante de la JGR. Recuperada de: <http://www.ptre-jgre.com/entrevistas/entrevistas.htm>

tución importante para el nacimiento del feminismo fue la AMU (Asociación de Mujeres Universitarias) que, nacida en 1920 con el propósito de promover el acceso de las mujeres a la universidad, apoyaba la reincorporación de las despedidas en el mundo del trabajo. A partir de los años sesenta, la asociación presentaba principalmente dos objetivos: defender los derechos de las mujeres y reivindicar la libertad de reunión, expresión y publicación. En las conferencias convocadas para este fin, participaron los intelectuales liberales del momento, además fueron organizados cineclub y debates culturales. Progresivamente fueron naciendo grupos de concienciación feminista en las diferentes ciudades españolas cuya finalidad primordial era romper su aislamiento, dialogar, aprender a confiar en sí mismas y a analizar sus experiencias y percepciones como vía para transformarlas en conciencia política.

[...] En Madrid un grupo de estudiantes de la Facultad de Política había comenzado a reunirse en casas particulares. Estas jóvenes empezaron a leer y discutir los textos de las feministas americanas. La Facultad era un ambiente que propiciaba el interés por nuevos temas, pero prácticamente no había medios humanos para canalizarlos.⁴⁶

Mientras fui militante antifranquista (es decir, durante la dictadura) no militaba en el feminismo. Tampoco había movimiento feminista. Éste solo empezó en la transición. El debate “de la doble militancia” fue muy duro, a veces, tanto entre los grupos que defendían una u otra posición como en el interior de cada asociación y partido [...] Nos reuníamos dos horas todas las semanas. Algunas mujeres eran más teóricas, otras más activistas, debatíamos sobre la identidad, la familia, la menstruación, la maternidad, las madres solteras, el adulterio, el aborto, el feminismo italiano. [...]. Con la democracia todos los partidos crearon sus grupos de mujeres más o menos feministas y tutelados por el respectivo partido.⁴⁷

Por lo general, estos grupos nacieron en relación con el activismo estudiantil de manera similar a la que nacieron en las universidades europeas y en la izquierda americana donde las mujeres que participaban en el movimiento para los derechos civiles y en contra de la guerra de Vietnam, empezaron a reunirse para volver a definir su posición secundaria en la vida social y en la militancia política.

En Valencia, en el '75, se creó “Mujeres Universitarias”. Yo creo que fue magnífico, fue para mí un espacio de conocimiento y de conciencia fundamental. Además, era un grupo muy especial porque, aparte de pasar “de yo a nosotras”, era un grupo de reflexión, de estudio, en el que hablamos de nuestras experiencias vitales, del “a mí me pasa”. También hicimos debates, lecturas como “Escupamos sobre Hegel”, en el que se discute la imposibilidad de resolver la explotación de la mujer con la dialéctica amo-esclavo porque ello implicaría eliminar a uno de los participantes de esa dialéctica, ya sea el hombre o la mujer, y esa no era la respuesta, de feminismo y del MDM.⁴⁸

Más tarde se revitalizaron organizaciones relacionadas con el pensamiento libertario, se formaron iniciativas independientes compuestas por jóvenes feministas partidarias de la doble militancia y del feminismo socialista y organizaciones que se concebían como grupos de reflexión y elaboración teórica. Todo esto supuso la salida a la luz de nuevos debates, nuevos discursos sobre el significado del “ser mujer” y del feminismo, así como nuevas reivindicaciones relacionadas con la vida personal y con los derechos sexuales y nuevas prácticas políticas.

⁴⁶ VV.AA., *Lo personal es político. El movimiento feminista en la transición*, p. 112.

⁴⁷ Entrevista a Pilar Aguilar Carrasco, 16.04.2013.

⁴⁸ Entrevista a Felisa Bacas, 18.04.2013.

CONCLUSIONES

Durante el tardofranquismo, el movimiento estudiantil llevó a cabo un fuerte desgaste de la dictadura. En parte por la dinámica propia, y en parte por la acción de los partidos políticos con presencia en la Universidad. La existencia de un sistema represivo y su incapacidad para satisfacer las reivindicaciones planteadas por los estudiantes despertó pronto la conciencia política de unos jóvenes ansiosos de descubrir una cultura política alternativa y romper con el franquismo institucionalizado. En este contexto, las mujeres disfrutaron en el seno de la subcultura del movimiento de un conjunto de oportunidades, personales y políticas, aunque la creación de un movimiento feminista era todavía impensable: ante la situación opresiva de la dictadura de Franco, el objetivo principal y común de todas las luchas era derrocar el régimen y, una vez conseguida la democracia, se resolverían todos los demás problemas. De hecho, las entrevistadas coinciden en señalar que su toma de conciencia feminista estuvo asociada a un momento posterior, en el que la difusión del lenguaje feminista permitió conceptualizar situaciones que hasta entonces no se habían pensado en esos términos.

De toda forma, el movimiento estudiantil les ofreció nuevas posibilidades de experimentación, nuevas maneras de vivir en que las jóvenes participantes podían ejercer una mayor libertad, igualdad y autonomía y gozar de una mayor visibilidad social a través de encuentros, colaboraciones, seminarios, conferencias, reuniones públicas. El análisis de las nuevas perspectivas creadas en los años setenta, resultado de su experiencia, del crecimiento de su conciencia social y el avance hacia la construcción de una autonomía como seres plenos e independientes, permite rescatar en gran medida, el sentido de participación en ese proceso. Será el feminismo, con su fuerte carga de subjetividad y utopía el que llevará más lejos el sentido de lo político, consiguiendo elevar a esta categoría asuntos hasta entonces considerados del ámbito de lo privado. El slogan “lo personal es político” expresa perfectamente la audacia del nuevo feminismo y su capacidad de redefinir la relación entre lo público y lo privado, aunando las mejores potencialidades de ambos.

*Relatos de mujeres sobre su participación en el movimiento estudiantil
universitario durante el tardofranquismo*

*Women's stories about their participation in the university student
movement during late francoism*

MARILICIA DI PAOLO
Università degli Studi di Napoli PARTHENOPE

Resumen

La reflexión que desarrollo, basada en entrevistas directas, se sitúa en el periodo del tardofranquismo y propone un análisis del papel que las mujeres tuvieron en el movimiento estudiantil universitario, de sus estrategias de acción, de sus expectativas y de su compromiso total con un proyecto de cambio y de transformación revolucionaria. El movimiento estudiantil ofreció a las jóvenes participantes una formación intelectual y política, nuevas posibilidades de experimentación, nuevas maneras de vivir en las que podían ejercer su propia libertad frente a la autoridad familiar, académica y política. El análisis de las nuevas perspectivas en clave feminista creadas en los años setenta, resultado de su experiencia, del crecimiento de su conciencia social y el avance hacia la construcción de una autonomía como seres plenos e independientes, permite recuperar en gran medida, el sentido de participación en ese proceso.

Palabras clave: Tardofranquismo, mujeres, movimiento estudiantil universitario, feminismo.

Abstract

The study, based on direct interviews, focuses on the late Francisco Franco period. The work proposes an analysis of the role of women in the university students' movement and its action strategies, expectations, and full political commitment to change and revolutionary transformation. The student movement offered the young participants an intellectual and political education, as well as new possibilities for experimentation, and new ways of living in which they could exercise their own freedom from family, academic and political authority. The analysis of such new perspectives from a feminist standpoint – developed in the 1970s as a result of women's experience, increased social consciousness, and progress in the construction of their autonomy as full and independent beings –, allows to recover to a large extent the sense of participation in that process.

Keywords: late Francisco Franco period, women, university movements, feminism.

Marilicia Di Paolo

Doctora en Terminologías especializadas por la Università degli Studi di Napoli "Parthenope" y profesora de lengua española en la escuela secundaria. Ha trabajado como tutor didáctico por la Università degli Studi della Campania "Luigi Vanvitelli" y ha participado en congresos nacionales e internacionales. Actualmente colabora con la Università di Napoli L'Orientale y trabaja como docente de Lengua española y Didáctica de la literatura en la Università Telematica e-Campus y en la Università degli Studi di Napoli "Parthenope". Sus ámbitos de investigación se centran en los lenguajes espaciales y los estudios de las mujeres y de género en la España del siglo XX.

Cómo citar este artículo:

Marilicia Di Paolo, “Relatos de mujeres sobre su participación en el movimiento estudiantil universitario durante el tardofranquismo”, *Historia Social*, núm. 102, 2022, pp. 43-60.

Marilicia Di Paolo, “Relatos de mujeres sobre su participación en el movimiento estudiantil universitario durante el tardofranquismo”, *Historia Social*, 102 (2022), pp. 43-60.